

Miguel León-Portilla, uno de los grandes creadores de la cultura nacional, transmite el dramático mensaje de la derrota de nuestros pueblos antiguos.

A treinta y tres años de distancia de la primera edición, este libro es ya un "clásico" de nuestra historia, y una obra de valor universal y permanente por su intenso contenido humano.

BEATRIZ DE LA FUENTE

Emma Martinell Gifre, *Aspectos lingüísticos del descubrimiento y de la conquista*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1988, 223 p.

El uso de la palabra es una constante en el ser humano; todos los días, en múltiples momentos, nos comunicamos con nuestros semejantes por medio de ella, en una forma natural y automática. Sólo en algunas ocasiones, cuando observamos a un pequeño que aprende a hablar o cuando intentamos aprender otra lengua o intercambiar ideas con una persona que no domina nuestro idioma, nos damos cuenta de todo lo que implica la lengua, el sistema más perfecto de comunicación humana.

Por ello resulta muy interesante la lectura de este libro, en el que se presenta el enorme problema al que debieron enfrentarse los habitantes y los descubridores y conquistadores de América desde su primer momento de contacto: ¿cómo comunicarse, si hablaban lenguas tan diferentes y sus culturas eran radicalmente distintas?

E. Martinell, basada en veinte textos donde se narran los hechos de esta etapa histórica (diarios de navegación, cartas y relaciones),<sup>1</sup> rastrea las referencias que hacen sus autores a las distintas formas de comunicación —extraverbal y verbal— que fueron empleadas por ambos grupos para iniciar y continuar sus contactos. Los textos se ubican en distintas regiones de América: el Caribe, México, Perú, Colombia, Venezuela, Chile, Río de la Plata, etc. Abarcan desde finales del siglo xv hasta mediados del xviii, pero no se explica por qué se documentó un periodo tan amplio; supongo que no fueron lo mismo el primer encuentro de Colón y sus gentes con los aborígenes americanos, que encuentros similares, pero posteriores; por lo menos los españoles tendrían algo más de idea de las situaciones a las que se iban a enfrentar

<sup>1</sup> En los que se refleja en general el enfoque de los vencedores.

y su previsión de los hechos y sus actitudes deben haber sido diferentes, pero nada de esto se menciona.

La obra se estructura en cinco capítulos precedidos por una breve introducción y una relación de los textos analizados, en donde se proporciona la ficha bibliográfica y una breve reseña sobre el autor y el contenido de cada uno de ellos; al final tenemos una conclusión general, dos glosarios (“temático” y “de nuevas denominaciones”) y una bibliografía bastante amplia dividida en dos secciones (fundamental y complementaria).

Señala E. Martinell que elaboró el glosario temático con la intención de proporcionar una ayuda a quienes se interesen en profundizar sobre algún aspecto en especial y deseen consultar directamente en las fuentes. Así, los términos que se refieren a distintos gestos y señas, obsequios y rescates y las diferentes formas de nombrar a los intérpretes aparecen en este índice acompañados del título y página del texto o textos donde aparecen mencionados.

En el glosario de nuevas denominaciones se incluyen todos los términos que, con esta característica, pudo acumular la autora a partir de su corpus. La mayoría son indigenismos de las diferentes regiones de América, casi todos sustantivos y se presentan en orden alfabético, acompañados de su significado y la referencia al texto y página donde se documentan. En algunas ocasiones remite a variantes registradas en diccionarios especializados y, aquí sí, hay que hacer algunas precisiones, pues la consulta de estas obras no es muy exacta. Por ejemplo, la palabra *nagua* se define como ropa y luego se indica que en el *Diccionario general de americanismos* de F. J. Santamaría aparece la variante *nahoa*, cosa que me sorprendió muchísimo. Revisé este diccionario y allí se dan dos acepciones del término *nagua*. En la primera es sinónimo de *nahoa* pero la segunda nos remite a *enaguas*, que es la que corresponde a ‘ropa’ pues se trata de una prenda de vestir femenina, especie de falda. Por lo tanto, *nahoa* no es variante de *nagua* en la acepción que se maneja en el glosario. *Nagua* y *nahoa* son variantes de *nahua*, *nahuatl*, que es el nombre de una “nación antigua de indios”, de su lengua y de todo lo relativo a ellas. *Pisco* se define como pájaro y está tomado de un texto de Cieza, del Perú; se remite a *piscua* en Santamaría que nos dice que es “en Venezuela, un pájaro de pico largo”, pero en Santamaría también aparece *pisco*, de etimología quichua, como uno de los nombres del guajolote, que también es un ave. El término *centli* se define como ‘pan’ y luego se remite a *cencina* en Santamaría, donde se indica que éste es el nombre “de una planta

de tierra caliente, en Méjico, que los indios emplean como febrífugo eficaz" ¿cuál es la relación entre ambos? Considero que hubiera hecho falta poner un mayor cuidado en la elaboración del glosario y haber considerado todas las posibilidades que ofrecen los textos y los diccionarios.

Los cinco capítulos que constituyen el núcleo del trabajo, reflejan cinco etapas progresivas de la comunicación entre europeos y americanos y van de lo más rudimentario a lo más elaborado. El primero se intitula "Gestos y señas" pues precisamente éstos fueron los primeros instrumentos utilizados para establecer contacto. Se sabe que con Cristóbal Colón viajaba Luis de Torres, que conocía el hebreo, el caldeo y algo de árabe, pero sus conocimientos lingüísticos de poco sirvieron en nuestro continente. Ante la imposibilidad de comunicarse verbalmente empiezan a hacer uso de gestos y señas, para indicar, preguntar, identificar, pedir, mostrar buenas intenciones, etc., siempre con el riesgo de no entender o de ser mal entendidos pues, como señala E. Martinell "a cada cultura le corresponden diferentes costumbres y diferentes gestos, fuera de esas posibles señales de carácter sintomático y, en general, no reflexivas, que son comunes a todas" (p. 22). Así, por ejemplo, menciona Colón que en un determinado lugar sus gentes se ponen a saltar y a bailar en señal de amistad y alegría y los aborígenes creen que se trata de una danza guerrera y los atacan.

En el segundo capítulo se analiza otra forma de comunicación extralingüística que acompañó a la primera y que consiste en el ofrecimiento o intercambio de regalos, práctica que los indígenas ya acostumbraban en tiempos prehispánicos. La función de los regalos fue como muestra de paz, cortesía, reverencia, aunque también muchas veces se dieron a cambio de alimentos o presos o se utilizaron para establecer alianzas políticas y militares.

Como podemos observar, los dos primeros capítulos no corresponden estrictamente al título de la obra, pues no se refieren a formas de comunicación lingüística sino extraverbal, ubicadas más bien en el campo de la semiótica o semiología. La misma autora lo señala al final del capítulo 2: "Finaliza aquí la presentación de un tipo de intercambio, no lingüístico, pero en cierta medida comunicativo..." (p. 57).

En el tercer capítulo se revisa, ahora sí, la primera forma de contacto lingüístico: el intérprete. E. Martinell analiza la figura de los intérpretes, "lengua", "farautes", etc. Indica quiénes desempeñaban este papel, la estima en que se les tenía, la trascendencia política de su labor, su actuación como "puente entre dos culturas" (p. 61).

En el siguiente apartado, "La lengua de los indios", la autora nos comenta que los españoles no sólo tomaron conciencia de que los indios hablaban diferente sino de que eran muchas las lenguas que existían en América: "no se trataba sólo de que los españoles no entendieran a los indios, sino de que tampoco los indios se comprendían entre sí. Creo que esto debió sorprender a los españoles, al menos al principio..." (p. 107). Esta pluralidad representó un gran problema para la comunicación y sobre todo para la tarea evangelizadora. De aquí resultó el uso de las "lenguas generales", lenguas que estaban muy extendidas desde antes de la conquista (náhuatl, quechua, guaraní, etc.) y que alcanzaron, después de ella, aún una mayor extensión, pues se fomentó su enseñanza y uso e inclusive se crearon cátedras en las recién fundadas universidades del Nuevo Mundo para su conocimiento y cultivo. Poco a poco, español y lenguas indígenas van entrando en contacto; en los textos se habla de "corrupción", pues hay elementos de una que pasan a las otras y viceversa, lo que para Martinell representa "la mejor prueba de la fusión entre españoles e indios" (p. 165).

En el último capítulo se trata un aspecto también interesantísimo: "La denominación de lo nuevo". Aquí se plantea el problema de dar nombre y describir la nueva realidad, teniendo en cuenta que los destinatarios de los textos desconocían completamente la realidad americana. Por ello tantas comparaciones, símiles y detalladas descripciones, para que aquellos que no habían visto las cosas por sí mismos, las pudieran traducir a su mundo conceptual. Martinell hace una minuciosa clasificación de los distintos procedimientos de denominación que van desde el uso de nombres genéricos (al principio) como árbol, pájaro, etc., hasta largas paráfrasis, pasando por equivalencias, comparaciones, indigenismos con o sin traducción, neologismos, acumulación de varios términos, uso de hiperónimos, etc. Señala la autora: "No me he encontrado ante una pobreza de términos designadores, sino ante una opulencia redundante. No hay duda de que los que escribieron se esforzaron por dejar constancia de todos los detalles que pudieran ayudar al lector a reconstruir por sí mismo la imagen de una realidad nueva, el continente americano" (p. 165).

En conclusión *Aspectos lingüísticos del descubrimiento y de la conquista* es una obra útil, muy interesante y bellamente editada, donde se reúne un buen cúmulo de información y se analizan minuciosamente los diversos procedimientos comunicativos utilizados por españoles y nativos en los inicios de sus contactos interlingüísticos e interculturales.